

# Misa en Rito Hispano-Mozárabe

4 de Mayo de 2014, S. I. Catedral, Orihuela

Señores Vicario General y Vicario Episcopal, Señor Deán y miembros del Cabildo, hermanos sacerdotes concelebrantes, queridos hermanos todos:

Qué hermosa y que sugerente es la página que tienen en el folleto, recogiendo un texto que ha incluido nuestro Cabildo de la Catedral del Salvador y Santa María en esa publicación y en la cual se nos ofrece el relato del cronista de Córdoba, Almakari, donde queda reflejado ese encanto de la liturgia que alimentó durante siglos a los cristianos, cuando buena parte de España permanecía bajo el poder musulmán. También aquí, en nuestra Orihuela y en las tierras de nuestra Diócesis, los cristianos de aquellos siglos se alimentaron largo tiempo con estas celebraciones, con el encanto de esta liturgia. Nosotros mil años después celebramos en esa liturgia nuestra fe. Ha variado, es distinta la celebración, pero la fe es idéntica, la misma de aquellos que nos precedieron, de nuestros antepasados. Y dentro de este año conmemorativo de los 450 años de nuestra querida Iglesia Diocesana, venimos a celebrar en memoria de ellos, dentro de esa riqueza de historia que atesora nuestra Iglesia, la liturgia hispano-mozárabe aquí en la Catedral, esta tarde.

Las lecturas que acabamos de escuchar son las correspondientes al domingo que toca dentro de la liturgia Hispano-Mozárabe en la que estamos celebrando. El Evangelio que acabamos de oír (Mt 14, 22-32) comienza con una acción de Jesús tan significativa que a su vez realiza repetidas veces: la de retirarse a solas a orar. Él en el relato de S. Mateo acaba de alimentar a la gente en el milagro de la multiplicación de los panes y los peces, alimentado a la gente necesitada, y Él desea alimentarse

de la presencia del Padre. Mientras Jesús está en oración ante el Padre, con Él, la barca que Él ha mandado a los discípulos que se metieran mar adentro, esa barca, imagen de la Iglesia, asistida por hombres débiles se ve en dificultad. Cuantas veces en nuestra historia ha sucedido esa escena, el viento es contrario, parece que se está organizando una tempestad, los de la barca les entra miedo y se pone en dificultad la nave. Y en medio de ese trance, Jesús que parecía que les había olvidado se hace presente y les habla. Cuando escribía estas palabras para la homilía me ha venido a la mente la hermosura de la coincidencia, del parecido con el mismo evangelio que hoy proclamamos en nuestras iglesias en este domingo, el de los discípulos de Emaús. Van hundidos, deshechos, desanimados, y también Jesús, como cuando estaban los apóstoles en la barca, se presenta y les habla. Jesús les dirá: «tranquilizaos, soy yo, no tengáis miedo». Momento después Pedro se decide a ir a Jesús, también queriendo caminar por encima de las aguas. Su acción, cuando comienza a dudar porque el viento arrecia, nos recordará que importa que la fe sea mayor que la duda y el miedo en nuestras vidas. De lo contrario, como él, nos hundimos. También el texto señala algo muy importante, nos recuerda lo que es de definitivo saber a quién gritamos cuando se pone nuestra vida en peligro, en dificultad, dirigirnos a Aquel que realmente puede sacarnos del hundimiento. Así Pedro dirá: «sálvame, Señor». Y de nuevo Cristo tiende la mano y salva a Pedro y la tempestad se calma. Es el final del texto del evangelio que acabamos de escuchar. Jesús viene a poner las cosas en su sitio, no le toca con todo lo que significa para los del pueblo de Israel el mar, no le toca a Pedro estar hundido en el seno del mar, y tampoco a la barca. Jesús impide que sea así. Pero además Jesús, a ellos, asustados con miedo, en peligro, les echa en cara su falta de fe.

Cuantas veces en estos siglos que estamos celebrando y recordando de nuestra Iglesia, de nuestro camino como Diócesis, la barca de Jesús, la

barca de Pedro, nuestra Iglesia ha pasado por circunstancias semejantes: peligros, dificultades, de tantas formas y maneras. Y cuantas veces el Señor ha venido a esta Iglesia y nos ha sacado y nos ha librado de ahogarnos, de hundirnos, de qué tempestades nos ha sacado el Señor, cuantas veces. Y cuantos de nuestros antepasados y de nosotros mismos hemos redescubierto que no estábamos solos, que Él nos coge y que está a nuestro lado, nos habla, nos sostiene, nos salva: que Él es el Señor vivo y resucitado.

Si nos fijamos en la segunda lectura también tiene un sabor precioso de Iglesia, de lo que fueron aquellos comienzos. El libro de los Hechos nos cuenta algo tan significativo, tan interesante y actual a la vez, de cómo Jesús se identifica con su Iglesia. Fijaos que queda muy claro que cuando Saulo va hacia Damasco, cuando Jesús se le presenta en el camino, lo que le va a decir ante la pregunta «¿tú quién eres?» Jesús dirá: «Saulo, ¿por qué me persigues?». Él, lo que está persiguiendo en su intención es a los discípulos de Jesús, a los que siguen su camino, para los cuales lleva cartas desde Jerusalén para detenerlos, para terminar con aquel seguimiento del Señor. Jesús se identifica con su Iglesia, con su comunidad, con los suyos. Pero además, cuantas veces nuestra Iglesia se ha encontrado con esas circunstancias, incluso ha estado bastante de moda en tiempos recientes decir «yo creo en Jesús, pero no en la Iglesia», como si fueran realidades totalmente diferentes, distintas. Jesús el Señor se identifica con la comunidad, con los que le siguen, con su Iglesia hecha de hombres pecadores, limitados. Cuantas veces habremos escuchado en nuestra historia, en la historia de nuestra Iglesia esas circunstancias de persecución, o cuantas «caídas del caballo», cuantos «Saulos» habrán vivido en nuestra Diócesis a lo largo de los siglos, cuantos cambios de vida, cuantas conversiones. Solamente Dios, sólo el Señor lo sabe.

Y que precioso es también ver aquí lo que es la mediación de Dios en la persona de Ananías. Un hombre creyente, discípulo de Jesús en Damasco

que le dice a Dios que le llama: «aquí estoy, Señor», disponible se ofrece. Y a la vez el Señor le envía a Saulo y le habla de parte de Jesús, textualmente dirá: «vengo de parte de Jesús». Y desde la palabra, la mediación de Ananías, Saulo recobra la vista, Saulo se pone en pie y es bautizado, para a continuación describir Lucas en el libro de los Hechos dos cosas inmediatas y preciosas: se incorpora a la comunidad, se hace Iglesia, la que él perseguía, se junta y se une a los hermanos, e inmediatamente dice, enseguida se pone a predicar, dirá Lucas textualmente.

Mis queridos hermanos, mientras que yo leía y meditaba estas palabras, me venía a la mente lo que nos está pidiendo el Papa Francisco, esa conversión pastoral que pide a la Iglesia toda entera, revivir tras recordar cuantos momentos en nuestra historia han pasado así, y revivir la necesidad de ser Iglesia, de ser comunidad, de estar unidos y a la vez tomando las palabras textuales, «enseguida» lanzarse como Pablo a predicar, a hablar de Jesús, a compartirlo con los hombres que lo necesitan.

Quiero finalmente evocar el texto del libro del Apocalipsis. Esa primera lectura preciosa que hemos escuchado. Destacaría en primer lugar la identificación, tantas veces vista en los comentarios entorno a este texto, de que esa nueva Jerusalén es la Iglesia, esposa del Cordero, como se dice en Apocalipsis y a la vez asentada sobre el fundamento de los doce Apóstoles. También la «Nueva Jerusalén» ha sido identificada como la meta de nuestra historia, del caminar de la historia de nuestra Iglesia Diocesana, de la Iglesia, y de cada uno de nosotros. Meta de la historia, meta de la vida, ciudad eterna donde el Cordero será luz, donde Cristo muerto y resucitado es el lugar de encuentro permanente entre Dios y los hombres.

Queridos hermanos, precisamente por lo que les decía al principio, esta Misa celebrada en el Rito Hispano-Mozárabe que nos une después de

mil años con aquellos que así celebraban en esta, nuestra querida tierra, significa y debe ser motivo no sólo de memoria agradecida hacia ellos, sino de acción de gracias al Señor, en primer lugar porque es un signo de una fe que ha perdurado a través de los siglos. Han cambiado formas, ropajes, cantos, palabras, idiomas, la fe la misma. Y a la vez esta Eucaristía en este rito, evoca una Iglesia tal como hemos escuchado sobre todo en el Evangelio frágil, delicada, que se asusta, que pasa pena, que atraviesa momentos de dificultad, como cada uno en su propia historia, pero que siempre, siempre tiene a Jesús cerca, caminando con nosotros, por su Espíritu alimentándonos, hablándonos, sosteniéndonos. Que ojalá en esta Eucaristía no sólo miremos hacia atrás con gratitud por nuestra historia junto con los que nos precedieron, sino que miremos por gracia del Señor hacia delante, desde esa fe única que atraviesa los tiempos, los siglos, y unidos a ese Jesús que siempre está cerca, sacándonos del hundimiento, del peligro, del dolor, del vacío como a Pedro, y que siempre calma, pone las cosas de la naturaleza y de la historia en su sitio, y que es garantía de que también nosotros llegaremos a la «Nueva Jerusalén», donde la luz, la lámpara es el Cordero, Cristo Resucitado. Así sea.

**+ Jesús Murgui Soriano**  
Obispo de Orihuela-Alicante